



llá contra Asia; seríamos el centinela avanzado de la civilización contra la barbarie”.

Otro pionero sionista, Max Nordau, dirá: “Desde el punto de vista antropológico y civilizatorio nosotros podemos convertirnos en asiáticos en la misma medida en que los americanos pueden convertirse en piel rojas... En el Asia Menor debemos fijarnos el mismo objetivo que los ingleses persiguieron en La India”.

En la práctica, el sionismo no hizo más que esto: Aplicó la regla del “salga para que yo me instale”.

El Canciller Británico Lord Balfour ofrece Palestina a la Federación Sionista en la persona de Lord Walter Rothschild en 1917. Ese mismo año Inglaterra ocupa a Palestina militarmente utilizando a los temibles Gurkas como parte de sus tropas; estableció el régimen del Mandato; nombró al sionista Sir Herbert Samuel como Gobernador y abrió las puertas de Palestina para la colonización judía desde Europa. El hebreo fue declarado idioma oficial al lado del árabe pese a que sólo el 7 por ciento, de la población total de 700 mil, eran judíos. El Director de Inmigración fue un miembro de la Agencia Judía.

En 1947 las NN.UU. recomendaron la partición de Palestina en un Estado Árabe y otro Judío... En ese entonces Washington ejerció toda posible presión para lograr la partición.

Advertido por sus consejeros del disgusto árabe, Truman respondió: “¿Cuántos votantes árabes hay en las elecciones norteamericanas?”

Nació así una criatura que ha creado su propia modalidad para conmemorar sus victorias. Quince años atrás, el 5 de junio de 1967, Israel ocupó, además del resto del territorio palestino, extensos territorios de Jor-

## Los judíos y Begin

Raquel Gamus G.

A los nacidos en hogares judíos se nos transmitió, desde la primera edad, una idea fundamental: no olvidar nunca la condición de miembros de un pueblo perseguido a través de los siglos, pueblo que venía de sufrir las consecuencias del más grande holocausto registrado por la historia: el nazismo; enseñanza que sembró en mí la concepción de la justicia y el antirracismo.

Igualmente se nos enseñó que debíamos unirnos para preservarnos, unión que no implicó la existencia de una opinión y pensamiento único; al menos desde el mismo momento en la cual se planteó la creación de un Estado judío —y antes de su existencia en 1948— sus pioneros se nuclearon en movimientos políticos con ideologías divergentes; dentro del laborismo existieron, incluso, corrientes que mantenían la idea de la bipartición del territorio, de manera que cupieran judíos y palestinos. Por su parte, David Ben Gurion, dirigentes laborista y fundador del Estado de Israel —tal como lo recordara recientemente Nahum Goldman— acusaba de fascista a Menahem Begin, líder del movimiento terrorista Herut y actual primer ministro.

Al crearse el Estado de Israel, los movimientos políticos toman aún más cuerpo, sucediendo como en cualquier otro Estado, que los gobernantes no reflejan la opinión de todos los gobernados; pero dada la complejidad del problema judío y su larga historia de persecuciones y conflictos, en general los dirigentes del Estado de Israel han logrado consenso hacia su política, manipulando la opinión y el sentimiento judíos en términos de apoyo irrestricto a la forma como ellos dirigen el Estado, como única posibilidad de supervivencia.

Sin embargo, los recientes acontecimientos del Líbano evidencian que la política exterior, llevada adelante por el primer ministro Menahem Begin, con los mismos criterios que cuando comandaba el Herut, no es de supervivencia sino de agresión; entonces me pregunto: ¿Hasta cuándo debemos los judíos caer en el chantaje de que unión significa apoyar las acciones de un determinado gobernante que probablemente haga más daño a Israel, que cualquier acción externa y que acude a la conocida artimaña aplicada por todos los gobernantes en dificultades, como es el desarrollo de un conflicto externo para obtener apoyo interno? Begin sabe cuán sensible es el pueblo judío, ante cualquier peligro de ataque y de ésta manera pone en práctica una política asesina bajo la falsa idea de la supervivencia.

No es creíble que para buscar guerrilleros palestinos sea necesario realizar salvajes incursiones en el Líbano, que han producido en tres semanas 14 mil muertos, más de 20 mil heridos y 600 mil personas sin hogar. Los judíos del mundo no podemos apoyar sino avergonzarnos de estas acciones. Begin no es el Mesías, es sólo un hombre, de carne y hueso, con una determinada ideología que, afortunadamente, no todos compartimos. La historia de persecuciones y holocaustos no puede servir para apoyar el genocidio sino para acusarlo.

El pueblo palestino es la víctima del Medio Oriente; despojados de su territorio, obtuvieron el apoyo de los gobiernos árabes, cuando a éstos les convino; hoy son víctimas del ataque del Gobierno israelí y de la indiferencia de los gobiernos árabes. Los judíos que conocen de cerca la persecución y ausencia de patria, no pueden apoyar la triste condición a que se tiene reducido al pueblo palestino y mucho menos la falsa disyuntiva de que, para que viva el Estado de Israel, es necesario que mueran palestinos.

dania, Siria y Egipto. Ahora le tocó al Líbano.

Israel se sirvió de las NN.UU. para legitimarse. Las prácticas colonialistas de Israel han merecido innumerables condenas de la ONU, a las cuales Tel Aviv hace caso omiso gracias al irrestricto apoyo que recibe de Washington.

Los palestinos siguen siendo refugiados, despojados de su patria, amontonados en miserables campos. La invasión israelí parece querer echarlos al mar o al menos alejarlos lo suficientemente de “su frontera” para que no afeen sus alrededores.

Por otra parte, mientras Israel realiza sus objetivos, exige la no solidaridad

de los árabes con los palestinos. Parece haber olvidado el sufrimiento, bajo el nazismo, de los judíos europeos, que requirieron y obtuvieron, justamente la solidaridad mundial.

